

GASPAR Al muchacho lo entregué.
Pues a descincharlo iré,
porque usted comerá aquí.
FELIPE Sí, Gaspar.
GASPAR Pues voy allá.
Si quiere usted, daré aviso
a mi señor.
FELIPE No es preciso.
(Sale Gaspar por el foro y aparece Margarita en la primera puerta de la derecha. Al salir Gaspar, Margarita se dirige hacia Felipe.)
Ella me ha visto y vendrá.
(Margarita llega cerca de Felipe; éste se vuelve hacia ella y la ve; coge entre las suyas las manos de Margarita y la conduce hasta el sofá.)

ESCENA VI

MARGARITA y FELIPE.

FELIPE ¡Margarita! ¡Alma de mi alma!
Sólo viéndose a tu lado
mi espíritu destrozado
puede recobrar su calma.
MARGARI. ¿Sufres amándote yo?
FELIPE Sufro porque es mi castigo
sufrir siempre.
(Rodeando con su brazo el talle de Margarita.)
¡No, qué digo!
¡Mentira, no sufro no,
mientras formes estos lazos!
Será inmenso el dolor mío,
pero yo lo desafío
desde el cerco de tus brazos
y le humillo vencedor,
que si él es duro y constante,
es más firme y más gigante
y más inmenso tu amor.
MARGARI. ¡Oh, Felipe, háblame así,
que va en tus labios prendida
la ventura de mi vida.

FELIPE Pero te alejas de mí,
se rompe este hermoso yugo,
y el dolor vuelve a buscarme
y goza en martirizarme
con instintos de verdugo.
MARGARI. ¿Sufres? ¿Por qué esas ideas,
Felipe? ¿Si tuya soy,
si a tu voluntad estoy,
qué es lo que de mí deseas?
Responde.
FELIPE ¡A qué has de saberlo!
No lograrás evitarlo.
Ni yo me atrevo a explicarlo
ni tú puedes conocerlo.
¡Sólo te puedo decir
que te miro, y al mirarte
necesito amarte, amarte,
y tras de amarte, morir!
¡Qué angustia!... Sólo se acalla
al recordar el momento
en que, de tu amor sediento...
(Margarita se levanta del sofá y se retira de Felipe como avergonzada.)
MARGARI ¡Oh, calla, Felipe, calla!
No sigas.
FELIPE ¿Por qué me dejas?
¿Por qué me miras así?
¿Me temes?
MARGARI. ¿Temerte? ¿A ti?
FELIPE ¿Entonces, por qué te alejas?
¿Tienes miedo de mi amor?
(Dirigiéndose hacia ella.)
MARGARI. Eso nunca. Si al recuerdo
que evocas la calma pierdo;
si colorea el rubor
mi rostro, es porque me acosa
algo que en mí se levanta
y me condena y me espanta
y me impide ser dichosa.
FELIPE ¿Es que arrepentida estás?
Dílo.
MARGARI. Nunca lo diría.

FELIPE

Al decirlo, mentiría,
y no he mentido jamás.
Desde el instante primero
en que te vi, te he amado,
y mi fe te he consagrado
para siempre y por entero.
Cuando en un mismo latir
nuestras almas enlazaste,
lo que era tuyo tomaste.
¿Por qué me he de arrepentir?
Tú no, porque tu inocencia,
que hace imposible la falta,
pone más firme y más alta
la virtud de tu conciencia.
Al darme tu corazón,
cuando en mis brazos caíste,
no faltaste, obedeciste
a la sublime atracción
que forma el humano lazo,
el cual se puede estrechar
lo mismo al pie del altar
que en el calor del abrazo.
Te diste como se entrega
la mujer, cuando es honrada,
de una vez, sin negar nada,
con fe inquebrantable y ciega;
no como otras que su honor
ceden en cortas fracciones,
y dan larga a su pasiones
para gozarlas mejor
y venir a nuestro encuentro
de tan extraña manera,
que son vírgenes por fuera
y cortesanas por dentro.
Tú, no; tu honradez te ampara.
No cubras con temblorosa
mano tu faz ruborosa.
Contéplame cara a cara.
No hubo en ti culpable anhelo,
ni torpeza, ni egoísmo;
si hubo un abismo, ese abismo
tenía por fondo el cielo.

MARGARI. ¡Felipe mío!

FELIPE

Tú, sí.

Tu conducta es intachable.
Yo solo he sido culpable,
¡desventurado de mí!
Yo, que en el fondo del pecho
debí ocultar mi pasión
siempre, sin darte ocasión
de saberlo.

MARGARI.

¿No lo has hecho?

De tu amantes antojos
jamás hablarme te oí.
Vi tu amor, pero le vi
porque vivía en tus ojos.
Como si fuera un delito
de mí oculto lo aguardabas
y en huirme te afanabas
siempre.

FELIPE

Sigue; necesito
que me hables de esa manera.
¿Verdad, verdad que he ocultado
mi amor? Hubiera callado
lo mismo la vida entera.
Pero entonces lo impedían,
y a ser traidor me obligaban
tus ojos que me miraban,
tus labios que sonreían. (Pausa.)
Solos, el ancho jardín
por las flores perfumado,
y yo junto a ti sentado
en el desierto confín
donde los árboles crean
ramas que nidos parecen,
y las yerbas se estremecen,
y los pájaros gorjean;
a tus pies, un arroyuelo
de corriente silenciosa;
la luna triste y hermosa
extendiendo por el cielo
rayos que, al dejar lo azul,
en haces mil se quebraban
sobre hojas que remedaban

cedazos de verde tul;
y en torno y en rededor
de nuestra abrasada frente,
una atmósfera candente,
que nos hablaba de amor.
Lo que en secreto escondí
de mi pecho fué brotando;
tú me estabas escuchando
y a un mismo tiempo sentí
calor, desconcierto, frío,
ansia infinita de amar,
y el trémulo palpar
de tu cuerpo junto al mío.
Me miraste, te miré,
nuestros brazos se enlazaron,
y nuestros labios no hablaron
una frase... ¿Para qué
pronunciarla, vida mía?
De la noche en lo profundo,
el amor, alma del mundo,
por nosotros respondía.

(Con firmeza y cogiendo entre sus manos las de Margarita.)

Él dispuso nuestra unión.
¿Y si Él no la ha decidido?

(En tono de duda.)

Te he engañado y te he mentido.

MARGARI. ¿Tú?

FELIPE. ¡Margarita, perdón!

MARGARI. Oírte me causa espanto.

Que te perdone. ¿Por qué?

FELIPE. Oye...

(Se detiene, como temeroso de lo que va a decir.)

(Nunca lo diré.)

Porque provoco tu llanto,
porque la duda me asalta,
porque quisiera borrar
las huellas de tu pesar
y las sombras de mi falta.

MARGARI. ¿Y eso te aflige? ¿A eso es
a lo que no hallas remedio?
¿Sufres y buscas un medio

y amándome no lo ves?
¿Me amas?

Sí.

FELIPE

MARGARI.

Pues qué esperamos
para hacer vivo y patente
a los ojos de la gente
lo que a todos ocultamos?
Sepa mi padre este amor,
y en unión firme y segura
gocemos nuestra ventura
sin vergüenza y sin temor.

FELIPE

MARGARI.

FELIPE

¡No, Margarita, imposible!

¡Qué escucho! No te comprendo.

¡Tu padre! En él estoy viendo
un obstáculo invencible.

MARGARI.

¿Por qué razón? Necesita
mi afán saberlo.

FELIPE

Reclamas
lo imposible.

MARGARI.

FELIPE

Tú no me amas.
¡Que no te amo, Margarita!

Calla, no es ése el motivo
en que mi actitud se esconde.

MARGARI.

FELIPE

¿Dudas de mi amor? Responde.

¡Dudar de él! ¡No ves que vivo!

Gracias.

(Separándose de Margarita y dirigiéndose hacia la ventana.)

MARGARI.

FELIPE

MARGARI.

FELIPE

¿Tus penas sabré?

¡Por piedad!

¿Qué te detiene?

Silencio, el padre Andrés viene.
Vete. Luego te hablaré.

MARGARI.

FELIPE

MARGARI.

Cruel eres.

¡Ay de mí!

Adiós.

(Sale por la primera puerta del lateral derecho. Felipe se queda mirando con angustia al sitio por donde ha salido Margarita.)

FELIPE

Se me parte el pecho.
Y ella... Dios mío, ¿qué te he hecho

para atormentarme así?

(Toma asiento en el sillón y hace como que hojea, dis-
traidamente, un periódico que habrá sobre la mesa.)

ESCENA VII

FELIPE y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS ¿Estorba mi vecindad?
FELIPE Estorbarme, padre Andrés...
De ningún modo.
ANDRÉS Como es
usted de la soledad
partidario tan celoso,
temí que fuera enojarle
mi presencia, y a turbarle
en su tranquilo reposo.
FELIPE Verdad que tengo manía
por vivir oculto, aislado
y del mundo retirado;
pero esta conducta mía
causa es de fuerza mayor,
porque, tras mucho pensar,
he venido a averiguar
que estar solo es lo mejor.
ANDRÉS El mundo...
FELIPE Tanto sufrí
que me inspira horror y tedio.
ANDRÉS ¿Y huye usted?
FELIPE Es el remedio
más seguro para mí.
ANDRÉS Pues es mandato divino
luchar.
FELIPE Sin tregua luché.
ANDRÉS Pero su falta de fe
le detiene en el camino.
FELIPE Es que derrotado estoy.
ANDRÉS Es que en esta lucha ardiente
sólo triunfa el que es creyente.
FELIPE ¡Creyente! ¿Y yo no lo soy?
ANDRÉS No tal.

FELIPE

¿Porque los altares
no visito ni contemplo,
ni me arrodillo en el templo
para llorar mis pesares?
Por eso.

ANDRÉS
FELIPE

No. ¿A qué seguir?
En cuestiones de creencias,
hay que dejar las conciencias
libres y no discutir.
Yo tengo mi Dios, lo siento
con su infinito poder
en el fondo de mi ser,
dentro de mi pensamiento,
y no le adoro de hinojos
ni mi cuerpo ante él se humilla;
mi alma es la que se arrodilla
cuando levanto los ojos.
Usted su imagen venera
al olor del incensario
que perfuma el santuario;
mas de una y otra manera
los dos amamos a Dios,
y basta con ese anhelo
para que lleguen al cielo
las plegarias de los dos.
ANDRÉS Cómoda filosofía
para salir del asunto;
pero en fin, hagamos punto.
Otra voz, si no la mía,
le hará en su acuerdo volver.
FELIPE ¿Y qué voz lo ha de lograr?
ANDRÉS La que levante en su hogar
el amor de una mujer;
el matrimonio, esa egida
de mi santa religión,
que perpetúa la unión
de dos seres en la vida;
dichosa unión que asegura
el deber, que a todo alcanza,
que fecunda la esperanza
y eterniza la ventura.
FELIPE Y que, en cuanto no es la dicha

su inmediata consecuencia,
destrozando la existencia,
petrifica la desdicha.
ANDRÉS ¿Odia al matrimonio?
FELIPE No.
ANDRÉS Como se da a censurarlo...
FELIPE La manera de formarlo
es lo que censuro yo.
ANDRÉS ¿Por qué?
FELIPE Porque sacrifica
a su consistencia todo.
ANDRÉS No me lo explico.
FELIPE Del modo
en que ahora se verifica
un ser con otro ser queda
sujeto; ya están ligados
y eternamente amarrados,
suceda lo que suceda.
Se engañaron. ¿Y qué importa?
Purquen unidos su error
y dominen su rencor,
que al cabo la vida es corta,
aunque tenga el sufrimiento
la condición de trocar
cada instante de pesar
en un siglo de tormento.
ANDRÉS Para eso sirve la fe,
para lograr dominarse
y aprender a resignarse.
FELIPE A resignarse, ¿por qué?
¿Hubo error? Pues a vencerlo,
a evitarlo, a combatirlo.
Lo lógico no es sufrirlo,
lo lógico es deshacerlo.
ANDRÉS La ley de Dios no se cura
de los crímenes del hombre.
FELIPE Tampoco debe en su nombre
eternizar la amargura;
y el que se agita cautivo
en este lazo inclemente
padece perpetuamente
con motivo y sin motivo.

ANDRÉS La separación...
FELIPE Es medio
que sólo males produce,
que a la injusticia conduce,
que a nada pone remedio.
¿Y cómo, si en el delirio
de sus ruines proceder
nos desune en los placeres
y nos une en el martirio?
De la justicia y de Dios
para esto el nombre se invoca;
no, tal absurdo no toca
a ninguno de los dos.
Ni eso es justo ni divino.
Procedimiento que ayuda
a los infames y escuda
las traiciones del destino
robando a quien es leal
fama, ventura y reposo,
es un crimen religioso
y una mentira legal.
ANDRÉS Teoría absurda y loca
de las humanas pasiones.
Los malos son excepciones.
FELIPE Y al que la excepción le toca,
¿qué le resta? El desgraciado
que la sufre ¿no podrá
libertarse nunca? Está
para siempre condenado.
¿Es justo decirle a un hombre
o a una mujer: sufre, llora
y tus angustias devora;
tu dignidad y tu nombre
a un infame están unidos;
para redimir tu suerte
sólo hay un medio: la muerte?
¿Amas? Pues que los latidos
de tu corazón no lleguen
a turbar la dulce calma
de quien es vida de tu alma;
que tus ojos no se cieguen
contemplando su belleza;

guarda en el fondo del pecho
el amor, ese derecho
que te dió Naturaleza
y desprende de tu ser
los afectos que lo rigen,
porque hay leyes que lo exigen
y debéis obedecer.

¿Es eso justo y conforme
a la razón?

ANDRÉS Es forzoso;
es un deber doloroso.

FELIPE Es una injusticia enorme.

Es la ley.

FELIPE De ella protesto,
y de combatirla trato.

ANDRÉS Pues yo la admito y la acato.
Así el cielo lo ha dispuesto
en su poder absoluto.

FELIPE ¿El cielo? ¡Imposible! ¡No!

ANDRÉS Él es quien lo manda, y yo
ni analizo ni discuto.

Donde mi juicio no alcanza,
a la fe pido su ayuda,
y ella resuelve mi duda
y conserva mi esperanza.

FELIPE La fe, la revelación.

ANDRÉS Lo eterno, lo indiscutible.

FELIPE Modo fijo e infalible
de tener siempre razón.

(Aparece don Anselmo en la puerta del foro.)

ANDRÉS Él me inspira y a él me atiendo.

ANSELMO ¿Felipe y el padre Andrés?
Pongo veinte contra tres
a que estábamos riñendo.

ESCENA VIII

Dichos y DON ANSELMO. Al final, MARGARITA, por la de
y ROSA, dentro.

ANDRÉS Reñir no, precisamente.

ANSELMO Yo imaginé que lo hacían.
A lo menos discutían

muy acaloradamente.

ANDRÉS Don Felipe, que sustenta
unos juicios tan extraños...

FELIPE Usted, que protege daños
infinitos.

ANDRÉS Por su cuenta
es el santo matrimonio,
con sus leyes inmortales,
un semillero de males
y una invención del demonio.
¿De veras?

ANSELMO Como lo digo.

ANDRÉS Hablando de él se arrebató,
y lo acusa y lo maltrata,
y es su implacable enemigo.

ANSELMO ¿Enemigo? No creí
que institución tan severa
como justa los tuviera.

FELIPE Tampoco lo tiene en mí
cuando a su dulce calor
viven dos seres sintiendo
un mismo afán y partiendo
su alegría y su dolor.

Lo que en mí no halla disculpa
es que ese lazo respete
los crímenes y sujete
lo que desata la culpa.

ANDRÉS Esa ley justa y sagrada
es dura hasta el sacrificio
del hogar en beneficio.

FELIPE No le sirve para nada.
Los que en la infamia se agitan
burlan su severidad;
los que se aman de verdad...
esos no la necesitan.

ANSELMO Contra esas leyes razón
podrá haber; pero al presente,
lo más cuerdo y conveniente
es tomarlas como son;
que, justas o equivocadas,
en ellas viene a fundirse
la única forma de unirse

a las mujeres honradas ;
y encontrar una mujer
de pecho firme y seguro
no es caso de gran apuro
para quien sabe escoger.

ANDRÉS Usté ha de ser el primero
que a aceptarlas se decida.
Joven y solo en la vida,
independiente, soltero,
algún día llegará
en que haga a una mujer dueña
de su alma, y si ella se empeña
con ella se casará.

(Sale Margarita por la primea puerta de la derecha.)
Eso es lo que necesita.

MARGARI. Rosa, ven.

ROSA (Dentro.) Voy al momento.

ANDRÉS Ahí tiene usté un argumento.
invencible.

FELIPE ¡ Margarita !

ESCENA IX

Dichos y MARGARITA; luego, ROSA y GASPAR. Al final, CARLOS.

ANSELMO ¿Qué te pasa?

MARGARI. Que hace un rato.
oí las doce sonar
y aun está sin arreglar
la mesa.

ANDRÉS ¡Qué desacato!

ANSELMO ¿No has visto a Felipe?

MARGARI. Sí.
(Qué torpeza.)

FELIPE A mi llegada.

MARGARI. Es cierto, estaba asomada
a la ventana y le vi.
Le hacemos a usté esperar.

ANDRÉS ¡No hay prisa!

MARGARI. ¡Rosa!

(Al padre Andrés.)

ROSA Allá voy,
(Sale Rosa con unos platos, que deja encima del aparador, por la segunda puerta de la derecha.)
o, mejor dicho, aquí estoy.
Ayúdame tú, Gaspar.

(Sale Gaspar por la derecha. Rosa, ayudada de Gaspar, empieza a poner la mesa. El padre Andrés toma asiento en el sillón. Don Anselmo lo hace a un lado en una silla. Margarita y Felipe, en primer término, en el sofá. Felipe, bajo a Margarita.)

FELIPE Bien mío, ¿por qué he de ver
huellas de llanto en tus ojos?
¿Sufres? ¿A qué esos enojos?

MARGARI. ¿A qué tratas de esconder
un secreto y me condenas
a sufrir? Por eso lloro
y mis lágrimas devoro
como devoras tus penas.

ANDRÉS Bien se explica la pareja,
don Anselmo.

ANSELMO Labre Dios
la ventura de los dos.

ROSA Mira que eres torpe. Deja
eso allí encima. (A Gaspar.)

GASPAR Mujer,
no vayas ahora a enfadarte.

ROSA ¡Majadero!

GASPAR Es que al mirarte
me embobo, y no sé qué hacer,
Rosilla.

(Trata de cogerle una mano por debajo de la mesa.)

ROSA ¡Quieto, Gaspar!

GASPAR Pero chica, si es en broma.

ROSA ¿No te estás quieto? Pues toma.
(Dándole un pellizco. Sale por la segunda puerta de la derecha.)

GASPAR ¡Ay!

ANDRÉS ¿Qué es eso?

GASPAR Al colocar
la botella he tropezado;
se torció el pie, me escurrí...

ANSELMO Eso me parece a mí,
que te escurres demasiado.
(Gaspar sale por el foro, y entra Rosa por la segunda
de la derecha con una sôpera en la mano.)

ROSA La sopa.

ANDRÉS Nombre bendito.

ROSA Abrasa.

Aun se oye el hervor.

ANDRÉS Y tiene su humo un olor
que despierta el apetito.

ANSELMO Pues no hay tiempo que perder.
A usted toca bendecirla
y a nosotros consumirla;
conque vamos a comer.

(Todos se dirigen a la mesa, y dice Carlos, dentro:)

CARLOS ¿Bien todos?

GASPAR Voy al momento.

ANSELMO ¡Es Carlos!

MARGARI. Sí.

GASPAR Daré aviso.

a los amos.

CARLOS No es preciso.
Señores, ¿hay un asiento?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, CARLOS y GASPAR.

ANSELMO ¡Carlos!

CARLOS Yo.

ANSELMO ¡Sin avisar!

ANDRÉS Mayor placer nos procura.

CARLOS ¿Cómo vamos, señor cura?...

¿No me quieres abrazar,
reina en un pueblo cautiva?

(Dirigiéndose a Margarita.)

MARGARI. ¿Cómo estás, Carlos? (Con frialdad.)

CARLOS ¿Así

me recibes? No creí
encontrarte tan esquiua.

MARGARI. Yo...

CARLOS Disgustarte no quiero.
Servidor... (Por Felipe.)

(Cosa más rara.)

ANSELMO ¿Dónde he visto yo esta cara?
Carlos Suárez, ingeniero,
a quien por lo de él hablado
conocerá usted.

FELIPE Si tal.

ANSELMO Don Felipe Carvajal,
mi amigo muy estimado.

(Felipe y Carlos se saludan. Don Anselmo vuelve al
lado del padre Andrés. Margarita queda algo más cerca
de Felipe que de Carlos.)

CARLOS Carvajal... Ahora recuerdo;
tuve la dicha de hablarle
en Madrid y presentarle
mis respetos.

FELIPE No recuerdo.
(Me conoce.)

CARLOS Es natural
que no se acuerde de mí;
a usted presentado fui
un día antes del fatal
suceso que ha motivado
sus penas.

MARGARI. (¿Qué oigo? Sabré
la verdad.)

FELIPE (A Carlos.) (Mal hace usted
en recordarme el pasado.)
¡Cómo!

CARLOS ¿Os conocéis?

ANSELMO Sí.

CARLOS ¿Trato amistoso y frecuente?

ANDRÉS No, por cierto..., casualmente.

CARLOS Una vez sola le vi.

FELIPE ¿Vamos?

ANDRÉS (A Carlos.) ¡Silencio, por Dios!

FELIPE (¡Qué le angustia y qué le altera!)

MARGARI. Ni una palabra siquiera
hasta que hablemos los dos.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO